



*Lágrimas
de amor
y guerra*

MARIAN RIVAS



ProustHistórica

Lágrimas de
amor y guerra

Marián Rivas

Proust Histórica

©LÁGRIMAS DE AMOR Y GUERRA by Marián Rivas

Todos los derechos reservados.

1ª Edición digital: noviembre 2016

Maquetación ebook: Isabel Mata Vicente

isalbamatadiccionario@mail.com

Diseño de portada: Nune Martínez

Versión impresa:

SCOOP Ediciones PROUST

Dedico esta historia a mi madre,
por ser como es y por creer en mí,
Te quiero

ÍNDICE

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO VII](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO IX](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO XI](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO XVIII](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO XXII](#)

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO XXIV](#)

[CAPÍTULO XXV](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

CAPÍTULO I

Madrid, otoño de 1982

Aquella era una mañana cualquiera en un húmedo día de otoño que acababa de comenzar. Beatriz, como todos los días, se levantó con sueño, se dirigió a la cocina y preparó café bien cargado, como acostumbraba a hacer cuando le tocaba afrontar un día duro, y este tenía aspecto de que lo iba a ser.

Esa madrugada estaba especialmente irascible y no le apetecía enfrentarse al hecho de que su maravilloso amante estaba aún durmiendo entre las sábanas de su cama y no la había despertado. Por lo general, él solía hacerlo y le servía el desayuno, como respuesta ella solía mirarle con la expresión de alguien a quien nunca le han obsequiado con un gesto así, pero ese día no parecía marchar como a ella le hubiera gustado.

Llevaban dos años saliendo y uno conviviendo. Desde el principio acordaron una serie de reglas para no tener encontronazos por las mañanas: él se levantaría media hora antes que ella, desayunaría, se ducharía y después prepararía el desayuno; con un beso de buenos días se despedirían hasta la llamada para almorzar al mediodía. Así, consideraba Beatriz, se mantenía un espacio entre los dos. Mientras miraba por la ventana de su apartamento, ubicado cerca de

Atocha, empezó a ponerse nerviosa y decidió terminarse su taza de café y comenzar el día con determinación.

Entró en el dormitorio y le encontró medio dormido:

—¡Levántate o llegarás tarde al juzgado! ¿No tenías juicio hoy?

Él puso cara de susto, como la que pondría cualquiera que no está acostumbrado a que le cambien sus rutinas.

—Sí, enseguida voy; anoche dormí muy mal, me acosté tarde preparando las conclusiones. Siento no haberte preparado el desayuno esta mañana —dijo, mientras se dirigía hacia la ducha.

—No te preocupes, me lo prepararé yo misma, ¡que no está mal para variar! —dijo alzando un poco la voz.

Mientras él se duchaba, ella recogía el dormitorio y con el rabillo del ojo le miraba a través del cristal translúcido de la ducha. «¡Qué cuerpo más perfecto tiene!», pensó. «Me pregunto cómo alguien tan guapo y cariñoso se ha podido fijar así en mí.»

Adam era un abogado con mucho renombre en Madrid. Hijo de emigrantes, regresó cuando tenía dieciocho años de Argentina, donde en tiempos de posguerra sus padres se marcharon buscando una vida mejor. Se establecieron allí, y con el tiempo, su padre compró un pequeño negocio de alimentación que, poco a poco, tras mucho esfuerzo y tesón, fue dando para vivir.

Su madre empezó a trabajar de costurera, primero en el barrio donde residían, haciendo pequeños arreglos de ropa, con lo que fue labrándose una reputación y con ella le aumentaron las clientas. Aquello la motivó para montar

un pequeño taller en su casa. Se sentía muy feliz, porque consideraba que, con su labor, en cierto modo, ayudaba a los demás.

Una mañana se acercó al taller una mujer muy bien vestida, alta, delgada, con un ceñido traje de chaqueta rosa con los bordes blancos, un estilo a Chanel. Andaba despacio sobre sus zapatos de tacón rosa a juego con el traje y portaba un pequeño bolso de mano con sus manos cubiertas por unos guantes blancos. Su preciosa melena rubia estaba recogida en un moño italiano.

Fue Adam quien le abrió la puerta. Tendría unos trece años y quedó inmediatamente fascinado con aquella mujer que lo saludó sonriendo y acariciándole la cara con sus manos enfundadas; sonreía y miraba a aquel embobado chico con sus expresivos ojos azules. Se dirigió hacia su madre, que se levantó instantáneamente mientras su hijo cerraba la puerta tras ella, aún hechizado. «¡Algún día me casaré con ella!», pensó con determinación.

La mujer se detuvo frente a su madre; la habitación era relativamente pequeña, tenía una mesa de camilla donde se cosía y bordaba y otra al lado de la ventana, con unas cortinas enormes convenientemente corridas para dejar pasar la luz; otra puerta, cerrada, daba lugar al resto de la casa, que tampoco era muy grande.

—¡Buenos días! —dijo sonriendo—. ¿María, sois vos?

—Sí, señora. Siéntese, por favor —dijo ofreciéndole una silla, que ella aceptó con agrado mientras se quitaba los guantes.

—¡Vos tenés un hijo muy guapo! —afirmó lanzándole una dulce mirada al propio Adam.

—¿Le apetecería tomar algo? ¿Hierba mate, tal vez? —le ofreció María.

—No, muchas gracias, no se preocupe. He venido porque me gustaría hacerle un encargo muy importante; necesitaría que me realizara tres trajes de cóctel para diferentes eventos a los que he de asistir en el próximo mes. Por supuesto, le proporcionaré los tejidos con los que quiero que me los confeccione y se los pagaré muy bien.

La madre de Adam, María, no se dejaba embaucar tan fácilmente como su hijo por aquella mujer, pero sabía que no aceptar aquel encargo hubiera sido un gran error, ya que seguramente un trabajo bien hecho con una cliente como aquella atraería a otras mujeres como clientas potenciales entre las mujeres de su círculo, y eso era justo lo que ella necesitaba. Así que aceptó, pese al reto que supondría tener los trajes listos en la fecha prevista.

Cristina Durán sabía lo que hacía, si había acudido allí era porque, sencillamente, a su juicio era la mejor, y no se equivocaba, no recordaba cómo había oído hablar de ella, pero sabía que no la defraudaría. Por consiguiente, las semanas siguientes fueron un frenesí total en casa de María; tuvo la necesidad de solicitar ayuda a dos amigas suyas, también costureras, para poder acabar los encargos anteriores y coger el nuevo pedido a tiempo; claro, que a cambio les tuvo que prometer un porcentaje del dinero.

Al cabo de dos semanas llegaron las tres piezas, unas magníficas telas, al taller: una era de seda natural proce-

dente de la India, de un color azul intenso, cuya suavidad era perceptible con tan solo mirarla; otra de terciopelo verde y la última de nailon naranja.

El estrés que acompañó a su madre durante las distintas etapas de confección de los vestidos cambió ligeramente el semblante de Adam hacia aquella mujer; María se mostraba bastante irascible, más preocupada por aquel encargo que por cualquier otra cosa en el mundo. Él se había propuesto odiarla, pero no podía sino enamorarse cada vez más y más de ella, sobre todo cada vez que iba a su casa a hacerse una prueba y pasaba a su lado dejando una estela del aroma a jazmines del perfume que usaba.

Cuando la ropa estuvo lista y solo quedaba la última prueba de vestuario, Cristina telefoneó a casa de Adam.

—¡Hola, cielo! ¿Está tu mamá en casa? —le preguntó.

Adam, al percatarse de quién era, respondió nervioso:

—Sí, ¿quiere que se la pase?

—No es necesario, solamente quería dejarle un recado, dile que quiero que me traiga los vestidos a casa. Os llevará mi chófer en uno de mis carros y, por supuesto, os abonaré el pago por el trabajo.

Adam no cabía en sí de gozo, ¡iba a estar en la casa de Cristina! Le temblaban las piernas solo de pensarlo; la emoción le embargaba.

Su madre, en cambio, no estaba tan alegre, no quería que su hijo se embriagara demasiado de ese ambiente tan desconocido para ella, pero no estaba en disposición de rechazar la invitación.

Por su parte, Adam decidió que no podía presentarse allí sin llevarle un regalo a su amada, consciente de que sus padres no le darían permiso para ello y mucho menos dinero, decidió acudir a las monedas que en secreto Cristina le había ido dando cada vez que se acercaba a su casa, aunque eso sería como comprarle a alguien un regalo con su propio dinero, pero lamentablemente no tenía más opciones.

Decidió comprar un perfume con olor a jazmín, pero cuando fue a la tienda de doña Eva (debió pensar que la destinataria del perfume era su madre), y los que le mostraba eran demasiado baratos y malolientes, o tan fuertes para una mujer tan delicada que sin duda con solo olerlos perdería el conocimiento, con el peligro que ello conlleva, prefirió buscar otra opción.

Además, según le explicó doña Eva, no encontraría mucho más por allí; los perfumes franceses iban por encargo a las casas de las señoras con dinero. Un tanto desilusionado, Adam resolvió que no se dejaría vencer por ello, así que compró el que a su parecer se parecía más a la delicada fragancia que ella desprendía y «cogiendo prestados» unos jazmines de la floristería fabricó su propio perfume, aunque finalmente, pensó en quedárselo y así tener algo con lo que recordar a Cristina Durán para siempre.

La tarde de la entrega fue para él el gran acontecimiento del año: se preparó enseguida y ayudó a su madre a guardar los delicados vestidos en sus bolsas correspondientes. Ella los llevaba mientras él la seguía, fantaseando en cómo sería la casa.

El chófer acudió puntual a la cita, y subieron a un coche amplio, con tapicería de cuero color *beige*, que desprendía un dulce aroma mezcla de nuevo y del perfume de su dueña.

—¡Este carro solo es utilizado por la señora en ocasiones especiales! —dijo el chófer dándose importancia.

Adam no cabía en sí de gozo, ¡ella les consideraba importantes! ¡Qué suerte tenían! Su madre, en cambio, no compartía tal entusiasmo; había notado el interés que despertaba en su hijo y se preguntaba hasta qué punto eso era beneficioso.

Llegaron a las afueras de la ciudad y se detuvieron frente a una enorme verja de color negro que se abrió para dejar paso al vehículo. Sortearon una fuente que se encontraba frente a la verja y la espectacular mansión de dos plantas se alzaba ante ellos, con su enorme escalera dándoles la bienvenida. Enseguida se acercó una mujer vestida de doncella, con un delantal blanco sobre un vestido negro.

—¡Acompáñenme! —dijo con determinación.

Ambos la siguieron por las escaleras que se alzaban ante ellos, las cuales estaban cubiertas por una alfombra roja en la que se hundían los zapatos al pisar. Ya en la planta de arriba, la doncella golpeó con los nudillos a la segunda puerta que había a la derecha:

—¡Adelante! —se oyó decir desde dentro.

Allí estaba ella, sentada en su escritorio, escribiendo lo que parecían unas cartas, enseguida se incorporó y les ten-

dió la mano.

—¡Buenos días, María, Adam! Gracias por venir.

—¡Buenos días! —dijeron al unísono, lo que provocó cierta sonrisa en ella.

—¡Estoy deseando probarme los vestidos! Son tan maravillosos que no puedo esperar —dijo dirigiéndose hacia un biombo que había al lado de su cama.

La habitación era casi tan grande como la casa de Adam y eso le hizo sentirse diminuto ante tanta ostentación. Junto a la cama con un enorme dosel blanco recogido en cada esquina con un lazo rosa, había una pequeña mesita de noche con su lámpara y un vaso de cristal con las huellas del carmín rosa de Cristina sobre un tapete blanco.

Frente a esta se encontraba el biombo de tres láminas de madera con los bordes ribeteados; dos o tres metros más allá había dos sillones pequeños, uno frente al otro, separados por una mesa en la que descansaba una bandeja con los restos del desayuno, que consistían en una tetera de plata, una lechera y una taza de café con leche, más un trozo de bizcocho.

—Si quieres, puedes comer algo —le dijo Cristina mientras se deshacía su moño y su largo pelo rubio ondulado caía sobre sus hombros.

«¡Es una princesa! ¡Estoy seguro!», pensó.

—¡Gracias! Pero no tengo hambre —dijo resuelto. En realidad, se hubiera comido cualquier cosa que viniera de ella, aunque reventara, pero su madre le ordenó antes de salir que no aceptase nada.

—¡Qué educado eres! —exclamó.

La prueba de los vestidos duró una eternidad, que si retoca esto, que si no me cae bien por aquí. Aunque finalmente quedó resuelto a la altura de las apreciaciones procedentes de la exigente dama.

Cristina quedó conforme con el excelente trabajo de la costurera y le extendió un cheque. María sabía que con eso podría pagarse la comida de un mes.

—¿Quieres ir a la cocina a comer tarta de chocolate?

Miró a su madre, a la que no le quedó más remedio que asentir con la cabeza y aceptar. Una vez que se hubo marchado, Cristina invitó a María a sentarse con ella y a degustar una taza de hierba mate.

—Quisiera hablar con vos —le dijo—, de su hijo.

María se sorprendió y no le gustó nada lo que podía seguir a aquella frase.

—¿Qué planes tenés para el chico? —le preguntó.

María era una mujer humilde, pero inteligente y no se dejaría amilantar por una señora con dinero, así que le respondió firme y resuelta:

—Pretendo que estudie y me gustaría que fuera a la universidad para ser médico o abogado.

Cristina sonrió al tiempo que se encendía un cigarrillo.

—Eso es lo que quieren todas las madres.

Tras un breve silencio continuó hablando...

—Estoy pensando en ayudarte, me has hecho un trabajo fantástico y eres, además, una buena persona. Aparte